

EN LA FLORECIENTE RUMANIA

LOS ORIGENES

Hace 18 siglos que las huestes audaces del emperador Trajano, cruzando el romántico Danubio por la monumental ciudadela de Turnu Severin, invadieron, conquistaron y romanizaron las feraces tierras ocupadas por los dacios.

La nueva Italia balcánica, la “Dacia feliz” desde entonces tomó el eurítmico y gallardo nombre de Rumania. Por tales antecedentes el historiador rumano Urecho declaró solemnemente, ante la esbelta columna del mutilado y majestuoso Foro Trajano, en la Ciudad Eterna: “Nosotros estamos para decir a todo el mundo que Roma es nuestra madre”. En efecto, son latinas esas regiones, son románicas, son las tierras que Trajano cabalgó.

EL PAISAJE

Con Carmen Sylva y la Reina actual —también escritora—, soñamos una Rumania pintoresca y poética; pero la Rumania vivida es mejor que la soñada. Los libros de sus majestades nos pintaron algo hermoso, pero Baltasar Gracián tenía razón: el mejor libro del mundo es el mundo mismo. Las mejores páginas sobre las tierras rumanas son sus campiñas, su río legendario y sus encrespados cárpatos. En sus 294-945 kilómetros cuadrados, el marco rumano abarca todo: los empinados lugares frágiles e hirsutos; la pradera florida; la uva rubia o morena que vivifica el cuadro en la hora vendimial de la otoñada; los barbechos esponjosos y negruzcos; el remanso dormido y calmo; la cañada sobrecoigida de infinitudes; el tajo abismal.

Los doscientos escritores que llegamos al Cercano Oriente fuimos durante ocho días los peregrinos de un ensueño realizado.

De retroviaje en las lindes de Servia e Italia, traíamos el alma llena de la apacible cansera que da el contemplar con terca avidez lo nunca visto ni imaginado.

En viajes así más que nunca quisiéramos tener un resquicio del alma de Platón que era maestro en la ciencia de mirar.

EL PUEBLO

Lo mejor y sumo del viaje fue el hallazgo de un pueblo cordial, inteligente, dinámico, que tiene una riqueza incalculable de color local, de viejísimas tradiciones costumbristas. Los campesinos de Besarabia, de Moldavia, de Bucovia, de Valachia, de Transilvania, todos distintos y todos pintorescos, embellecen el paisaje nacional con sus trajes de telas suntuosas y tejidos antiguos de vivos colores siempre armónicos.

El vestido regional de los rumanos forma parte del alma patria. El campesino ama sus vestidos como parte de sí mismo, como se ama el hogar, la mujer, el terruño. ¿Cómo es el traje regional de Rumania? Imposible describirlo, porque es variadísimo en su corte, en sus combinaciones coloridas, en la calidad de sus telas, en sus matices, en su conjunto; varía con cada provincia, con cada región, a veces con cada aldea. Describirlo no es tema de escritor, sino opulento asunto de pincel.

El rumano ciudadano es afable y gentil y el campesino respetuoso, sin servilismos. Tiene en su gesto la ecuánime dignidad del que ganó sus libertades en siglos de padecimientos al defender su patria en miles de guerras contra los bárbaros o conquistadores.

EL ESTADO

La Rumania actual es un estado niño. Hace todavía 50 años la nación rumana era una patria en idea. Una obligada vida guerrera de defensa legítima impidió a los rumanos, durante centurias, organizarse en entidad internacional: hace 50 años Rumania no contaba con escuelas ni ferrocarriles, ni carreteras ni ejército disciplinado, ni instituciones avanzadas, ni tenía tampoco literatura, ni historia escrita, ni arte cultivado. ¿Por qué?, porque durante

dos mil años los rumanos sufrieron peleando contra las invasiones de los hunos, los ávaros, los chepios, los tártaros, los kumanos, los eslavos y los turcos. Sólo con estos últimos el valeroso pueblo sostuvo 50 guerras de las que siempre salió victorioso. En este bélico vivir, el país riquísimo en sus entrañas, vegetaba en la miseria. En el campo y en el taller sólo las mujeres, los ancianos y los niños trabajaban; el varón recio andaba batallando. Hasta que llegó el supremo esfuerzo, la guerra de liberación contra Turquía, y el reconocimiento de la independencia rumana por todos y las grandes potencias en 1878.

Luego alcanzó otro salto hacia el progreso; la guerra de los Balcanes, cuya paz firmada en Bucarest en 1913, preparó el nacimiento de la gran Rumania actual.

(*Excelsior*, 24 de noviembre de 1927).